

# REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORRESCO DE LITERATURA.

VUM. 186.

MADRID 13 DE JULIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



OID, OID: AQUI SE ENCIERRA LA CIENCIA.

## EL TERRIBLE VENGADOR, ó LOS NEGRITOS.

UN ADIVINO.

No por eso faltó al día siguiente nuestro joven aventurero á la cita que le habia dado el comerciante, y todo sucedió del mismo modo que este se lo habia prometido. En un punto á la Aduana, punto de reunion en Nueva-Orleans de cuantos se dedican al tráfico; su protector lo presentó á una reunion de capitalistas como un hombre de mérito y probidad, pero desgraciado, y todos le invitaron á que dispusiese al fiado de sus almacenes, dándole al efecto cada uno de ellos una tarjeta con las señas de la calle y razon de la casa. Enrique les manifestó su reconocimiento; les dijo que deseaba descansar tres ó cuatro días, durante los cuales deseaba asimismo imponerse del estado de los negocios mercantiles, con el objeto de orientarse á fondo de la clase de giro á que podría entregarse con el menor riesgo, y les aseguró que tendria el mayor placer en visitar sus establecimientos y procurar en ellos las muestras de las mercancías y frutos que necesitase. Puso tambien en conocimiento de aquellos señores que era piloto examinado, y que en clase de tal podian disponer de su persona para cualquier expedicion marítima que se les ofreciese, bien con destino á América ó á Europa, esceptuando únicamente los puertos de España y el de la Habana por razones que habia explicado á su recomendado.

Todavía ignoran nuestros lectores el nom-

bre de este: llamábase Mr. Smith, era millonario y viudo, pero tenia una hija de diez y nueve años citada en la ciudad tanto por su hermosura como por su virtud. Su padre la amaba con la mayor ternura y retardaba su establecimiento por no privarse de su compañía, á pesar de los brillantes partidos que se le habian ofrecido solicitando su mano. Verdad es que Matilde no manifestaba preferencia en favor de ninguno de sus muchos adoradores, pues de lo contrario hubiera sacrificado Mr. Smith los placeres que le proporcionaba su paternal ternura, en cambio de la felicidad de su preciosa hija, porque aunque se creia dichoso con tenerla á su lado, no era tan egoista que desconociese los estragos que causa un amor contrariado en el corazon de una horrada doncella.

Era la hora en que concluidos los negocios se cierra la aduana, ó al menos se retiran de ella los comerciantes de viso: acababan de dar las doce, y Mr. Smith se disponia á volver á su escritorio con Enrique, cuando llegaron á los oídos de este unos desahogados gritos que al parecer salian de una plazuela inmediata.

— ¿Qué es eso? preguntó. ¿Habrá acaecido alguna desgracia?

Sonrióse Mr. Smith, y le respondió: — Es una cosa que no se vé en todas partes. En París, por ejemplo, recorre las calles una turba de sacamuclas y de traficantes de drogas llevando en pos un endemoniado concierto de trompetas, bombos y platillos; pero nos estaba reservada en este siglo á los que vivimos en Nueva-Orleans la fortuna de poseer un charlatan que dice la buena ventura á todas horas y en todas las plazuelas. Esos gritos los da el tuno de que hablo.

— ¿Y eso se consiente aquí? ¿En un pueblo tan adelantado?

— El mundo siempre es el mismo con corta diferencia, y no todos los entendimientos marchan á la par: siempre habrá ignorantes que se dejan seducir, y atrevidos embaucadores. Además de eso, Vd. vive hoy en un pais verdaderamente libre: no hay industria que no sea permitida por nuestras leyes, y á nadie se incomoda por lo que hace ó por lo que deja de hacer. Unicamente se castigan tres cosas en los Estados- Unidos: una conspiracion contra el gobierno, el robo y el asesinato premeditado. Por otra parte, el adivino en cuestion sabe donde le aprieta el zapato: indaga por medio de sus espías todo cuanto ocurre en los sitios públicos de la ciudad, y aun en el seno de las familias: y provisto de noticias que casi siempre se confirman, hace alarde de su ciencia, y aun ha llegado á adquirir mucho crédito.

— De buena gana me entretendria un rato escuchándole por mera curiosidad.

— ¿Por qué no? Solo siento no poder detenerme con Vd. porque es un perillan que me divierte; pero tengo que firmar unas letras, y así le dejo á Vd. No tiene Vd. mas que dirigirse á esa plazuela, y oirá maravillas. En todo caso no olvide Vd. que le espero á comer.

Dicho esto se separaron, y Enrique entró en la plazuela.

El adivino estaba en aquel momento en su trono, es decir, en pie sobre una mesa; á su izquierda tenia una pequeña caja de embasar azucar cubierta con una sábana, y sobre él varios frascos. Su postura era la que un profesor de baile recomienda á sus discipulos para la terminacion de un pas de basque; su mano derecha levantaba en alto una botella vacia que habia contenido póter, y á cuyo cuello habia fijado un papel en forma de pala de jugar la pelota, en el cual se veia un ilegible letrero; por último con el índice de la izquierda mostraba á

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

Núm. 187.

MADRID 14 DE JULIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LAS SEÑORAS HABIAN PEDIDO JAMON, QUESO Y VINO DE MADERA.

### EL TERRIBLE VENGADOR,

6  
LOS NEGRITOS.

X.

LA CONSULTA.

Mr. Smith habia prevenido á su hija Matilde que tenian para aquel día un convidado, pero este fué esperado en vano durante toda la tarde. Su apetito, si es que lo tenia, habia desaparecido enteramente desde que llegó á sus oídos la relacion de aquel charlatan, que tan enterado parecia estar de sus negocios. No pertenencia Enrique al vulgo de los hombres supersticiosos, que en todo lo que no pueden comprender de pronto suponen la intervencion de un poder sobrenatural: se habia criado en un puerto de mar, y sabido es que entre los marinos no es comun la creencia de la astrologia judiciaria; cuando no pueden darse razon de un suceso, por maravilloso que sea, se encogen de hombros, revuelven su cacho de tabaco entre los dientes, y dan media vuelta á estribor.

Pero nuestro jóven suponía, y no sin fundamento, que el bribon Perkins, interesado en acreditar su fingida ciencia, le habria tal vez seguido los pasos en persona ó por medio de algun agente desde el momento en que puso los pies en Nueva-Orleans, y que se propondria, escitando su curiosidad, sacarle algunos pesos. El recuerdo de la hermosa desconocida, cuya imagen atormentaba ya su corazon, era ademas un poderoso motivo que dirigia mas que de prisa los pasos del piloto, haciéndole olvidar el compromiso que habia contraido de comer con Mr. Smith, pensamiento que le ocurrió cuando ya se hallaba á la orilla del rio.

—¿Qué haré? se dijo á sí mismo. ¿Qué creará mi buen protector? Pero es imposible que yo duerma esta noche en tal incertidumbre; es preciso que averigüe el nombre de esa jóven que me ha cautivado..... Soy forastero aqui, y no me faltará una disculpa para Mr. Smith.

Alentado con este propósito y henchida su alma de ansiedad llegó á la primera casa si-

tuada enfrente del desembarcadero del rio, y llamó á la puerta. Esta se abrió de par en par y Enrique entró en una especie de taberna, mas decente que las que en España llevan este nombre, y que sin embargo no podia aspirar con justicia al dictado de fonda.

—¿Se hospeda aqui el adivino Perkins? preguntó á una vieja que encontró en la única pieza del casucho.

—¿Venis á consultarle?

—Sí.

—¿Sobre amores?

—Es Vd. demasiado curiosa.

—Soy su madre.

—En horabuena. ¿Está en casa?

—No ha venido aun, pero podeis esperarle.

—Haré tiempo paseándome á la orilla del rio.

—Como gustéis, caballero.

Pocos minutos despues contemplaba Enrique que la arboladura de un hermoso brik de vapor que levaba anclas para Filadelfia, cuando le tocaron ligeramente en la espalda. Volvió la cabeza y vió á Perkins acompañado de dos damas.

—Apenas os he visto en la plazuela, le dijo el charlatan, he conocido que no me llegaria la noche sin recibir vuestra visita. Os pido por favor que me esperéis un instante, porque estas señoras os han ganado por la mano apresándome en el camino, para que les prediga su suerte futura.

Y diciendo y haciendo se dirigió con ellas á la taberna sin esperar la respuesta de Enrique.

El instante prometido se prolongó tanto, que era ya el anochecer y las damas no se habian retirado. No se crea con todo que aquella tardanza provenia del interés de su consulta: hacia mucho tiempo que esta se habia terminado, pero las señoras estaban tan satisfechas de los pronósticos de Perkins que habian pedido jamon, queso y vino de Madera; el mismo adivino las servia y se regalaba mano á mano con ellas, sin imaginar que el cielo le reservaba otra ganancia mayor: pero su madre que no era lerda le advirtió que un caballero le aguardaba en la orilla del rio, y al mismo tiempo se presentó Enrique en el umbral de la taberna. Perkins se dió tres palmadas en la frente, le pidió mil perdones y despidió sin cumplimento á las damas.

—Ea; ya estamos solos, dijo al piloto en

cuanto estas desocuparon la habitacion. Veamos lo que se os ofrece.

—Quiero, le contestó Enrique, despues de sentarse, que me explique las palabras que hoy has pronunciado en la plazuela relativas á mi persona.

—Dadme vuestra mano.

—¡Majadero! ¿Crees por ventura que pertenezco al número de los necios que admiten tus brujerías como moneda corriente? Dime sencillamente lo que sepas acerca de mi hermano y de la jóven de *Great-Street*, número 63, asi como el conducto por donde ha llegado á tu noticia: en recompensa te daré por lo pronto treinta pesos fuertes.

—Ya veo que nos entendemos. Pero ¿que me dirá Vd. señor don Enrique de Guinza, cuando yo le suplique que guarde sus treinta pesos, de los cuales me figuro que tiene necesidad?

—¿Cómo es eso? ¿Tambien has adivinado mi nombre?

—Por qué no?... Vamos; afuera disfraz y hablemos en español, en nuestra lengua maternal. ¿Nunca ha oido Vd. mentar á un tal Borrasca.

—No.

—Escúcheme Vd. dos palabras. Yo soy ese Borrasca, el marino mas terrible y enemigo de los cruceros ingleses que ha comido ratas de la bodega de un buque, despues de su padre de Vd. Con él hice todos mis viages al Africa.

—¿Con su padre!

—Yo era segundo, cuando nos apresaron los ingleses.

—Eso no puede ser: los ingleses no apresaron á mi padre; los negros se le sublevaron y....

—Asi se ha dicho, pero no hay tal cosa: los ingleses, que nos tenian fuertes ganas, nos dieron caza no lejos de la costa de los *Calabares*. Aquel día se portó heroicamente nuestra goleta *Perla*, pues alcanzada por tres bergantines de guerra se defendió hasta el último trance. Allí se quemó nuestro último cartucho. Nos dieron al fin el abordage, y entraron en la *Perla* á sangre y fuego; era imposible resistir mas, y arriamos el pabellon: yo entonces bajé á la caña con el cocinero, pero todos los demas, incluso el intrépido Guinza, fueron transbordados á uno de los bergantines ingleses. Nuestra *Perla* quedó abandonada con la negrería, y haciendo

agua por todas partes; ya se preparaban los enemigos á trasladar á sus buques la esclavitud, cuando sobrevino un recio chubasco, que nos separó de ellos. Entonces nos atrevimos mi compañero y yo á sacar las cabezas por la escotilla, y vimos....

—¿Qué?...

—A Enrique de Guinza, á nuestro querido capitán, colgado del penol de la veiga de trinquete del bergantín....

—Los ingleses le verán resucitar algún día.

—Dos horas despues nos contábamos ya sumergidos, cuando otro capitán africano, más fanfarrón que valiente, nos dió auxilio pasando la negrada á su barco, que estaba vacío por no haberse atrevido á arrimarse á la costa. Llegamos á Cuba, en donde nuestro salvador contó las patrañas que le dió la gana para hacerse gran mérito con el armador de la *Pelta*; el cocinero había muerto en la travesía, y yo no tuve más remedio que venir á los Estados Unidos. Como no sirvo para el comercio ni para otra cosa que el mar, me di á la vida bona, y hace cosa de un año que habiéndame cambiado el nombre de *Borrasca* por el de Perkins, engaño á los bobos con sortilegios y garambainas. La fragata que llevó á Vd. y á su hermano Eduardo desde la Coruña á la Habana ha hecho un viaje á este puerto: el capitán fué condiscípulo mio, y por él he sabido que son Vds. hijos de mi desgraciado amigo, así como la salida de Eduardo para *Gallinas*. Me parece que he respondido á todo.

—No tal; mi encuentro con la desconocida...

—He estado á bordo de la balandra; he seguido á Vd. los pasos hasta la fonda del *Aguila*, hasta la morada del opulento Mr. Smith, y por último, hasta *Groat-Street*, en donde Vd. cree que vive la hermosa jóven.

—¡Ah! dime por tu vida en dónde podré hallarla.

—En casa de Mr. Smith.

—¿Es posible! Pues, ¿quién es esa jóven?

—Su hija Matilde.

—¡Cielos! ¡Y he faltado hoy á su mesa por venir aquí!

—Y aquí ha encontrado Vd. un hombre que si amó al padre sabrá sacrificarse por el hijo; esto vale más que unos ojos negros.

—Las dos cosas, Perkins.

—Bien; las dos cosas: pero antes que todo, ojo alerta á los cruceros ingleses.

—¿Te embarcarías conmigo?

—Hasta el Polo.

—Pues hablaremos. Adios, Perkins, que es tarde.

—Llámeme Vd. siempre *Borrasca*.

(Continuará.)

## REVISTA DE TEATROS.

Nada podemos decir á nuestros lectores acerca de representaciones dramáticas, porque desde antes de ayer están cerrados los teatros de la capital, con motivo de las circunstancias.

## ANTIGUA CAUSA CRIMINAL

DE

### LESURQUES.

(Continuacion.)

Dos años transcurrieron sin que el íntegro magistrado, á pesar de todo su celo y de sus investigaciones, pudiese descubrir el menor indicio de los fugitivos; hasta que al fin, un día registrando los numerosos papeles y registros de las cárceles que se dirigian al tribunal, notó que Durachat, uno de los asesinos designados por Couriol con la circunstancia de haber sido el que tomó asiento al lado del correo con el nombre de Laborde, acababa de ser detenido por un robo reciente y se hallaba en santa Pelegría.—Cuando transcurría la causa de Lesurques, Couriol y Bernard, se presentaron muchos testigos y entre otros un inspector de la administración de correos, que decían haber visto al supuesto Laborde cuando esperaba la mala, y conservaban un recuerdo de él tan

al vivo, que en cualquier caso que se le presentase le reconocerian con certeza.

Despues de haberse informado el ciudadano Daubenton del tribunal que debía conocer en la causa del robo que había originado su prisión, acudió á la Administración de Postas para hablar como M. Piron, jefe de la correspondencia del Medio-día, por cuya interposicion obtuvo que los administradores enviasen á buscar por la posta al inspector designado que ya no se encontraba en París.

Fueron advertidos por su parte los jueces del tribunal acerca de las sospechas que había contra Durachat, cuando llegó el día de su sentencia fue condenado á catorce años de prisión y los gendarmes se preparaban á hacerle salir de la sala, cuando el inspector de Postas declaró que el reo á quien acababan de condenar por robo, era precisamente el mismo que el 8 floreal del año IV había ido en la mala de Lyon con el nombre de Laborde, y según todas las apariencias había asesinado al correo.

(Continuará.)

## LA GUMIA DE UN MORISCO.

II.

(Continuacion.)

Parece que el mar campea en la region de la luna,... amaina el abrego airado cae á torrentes la lluvia, y el mundo todo inundado, todo cubierto de bruma, presenta dó quier la imagen de una revuelta laguna agitada por un mago y entre las nubes oculta.

Yace á orillas del Bernesga entre las nieblas oscuras la gran corte de Leon callada como una tumba, y más que corte parece allá en la sombra confusa un hajel desmantelado perdido entre la negrura de las sueltas cataratas que toda la tierra inundan.

Aunque el agua cae á mares y la oscuridad es mucha, todavía hay quien arrostre de la tormenta la furia; que cuando el alma padece víctima de atroz tortura no se arredra por peligros: el más temible es su angustia.

Silba el turbion azotando con fuerza tenaz, sañuda, las murallas leñesas; y de ellas con gran presura sale un guerrero cristiano y tanto el bridón azuza, que el acicate se tiñe de blanco sudor y púrpura.

Avanza el corcel brioso como una saeta aguda, como inflamada centella que rauda las sombras cruza: y galopa el palafren, y atento el ginete escucha, y lanza suspiros hondos y el largo espadon empuña, apretando el gabilan tanto, que casi le arruga: despues á soltarle torna y abrumado de amargura vuelve á escuchar y se engaña, y con enojo que asusta otra vez coje la espada y abolla la empuñadura; porque es tanto su coraje, tanta su rabia iracunda, que hasta el susurro más leve el ruido se le figura que hace su rival, huyendo con la belleza á quien busca. Zumba el ábrego de nuevo,

cesa la lluvia importuna, los árboles se desgajan, los peñascos se derrumban, y al través de los celages la luna brilla insegura, y con rayos argentinos la estensa ribera alumbrá.

Entonces el nazareno redobla por la lianura el galope del corcel á quien fia su fortuna: abrasado de impaciencia ya de escuchar no se cura porque los sonos del viento de su desgracia se burlan; pero fija sus miradas, que cual dos astros fulguran, en la estension del espacio, y arranca con fuerza ruda cuando le estorban, los rizos de su cabellera rubia.

Al fin entre el arbolado un blanco cendál vis lumbrá, que como vapor ligero entre las auras ondula, y cual si viniese un ángel á dar al jóven bravura llega frente su adversario ya con la espada desnuda: enmudecido de enojo traba tan tremenda lucha con el morisco atezado, raptor de la niña pura, que le hundió, en el craneo, toda de un tajo la media luna.

Despechado el africano, aunque la sangre le ofusca, y le baña todo el rostro y de ver casi le turba, tira de su alfange, horrible como serpiente sulfúrea, y pelea con denuedo y con la hermosa se escuda.

Se desespera el cristiano al ver que en su desventura, tiene que herir á su amada ó dejar que el infiel huya: maldice su infausta suerte, se destroza la armadura... Cuando ya el moro maldito con su sonrisa le insulta salta al suelo presuroso y con rabia sin segunda se avanza al otro, le apea entre el fango le sepulta y en tierra también caido cierran en horrenda pugna.

La doncella desgraciada llora llena de tristura, mientras que los dos ribales se golpean y se estrujan, y se mesan y se clavan con los dientes y las uñas.

El traidor Ismaelita, que ve á la muerte ceñuda desplegar las alas hórridas, cubriendo su frente adusta, saca la gumia corva de la apretada cintura, la blande sobre el cristiano; que de su mano convulsa la arranza de enojo ardiendo, y con ira furibunda la hunde en el pecho enemigo lavando así las injurias que le hiciera el musulmán de entrañas de hiena inmunda.

J. M. DE ALBUERNE



TEATROS.

No hay funcion.

IMPRESA DE BOIX.